

Elogio de la música coral

Angel Barja

La gran eclosión de la música instrumental y sinfónica que se produjo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII —bastaría pensar en Haydn, Mozart y Beethoven— desplazó en alguna medida el mundo coral europeo, que quedó reducido casi solamente a los coros sinfónicos, destinados a interpretar, no ya la música vocal de la riquísima tradición renacentista y barroca, sino de los grandes oratorios y obras afines.

Este desplazamiento, sin embargo, no significó el fin de la música coral; fue, más bien, una paréntesis en la historia de la música. Efectivamente, durante el siglo XIX empezaban a formarse grandes masas corales autónomas, del mismo modo que las orquestas alargan sus plantillas a números nunca imaginados hasta entonces. El movimiento romántico del siglo XIX favoreció las agrupaciones corales, que fueron apoyadas y alabadas por músicos como Schumann, Mendelssohn, Bruckner y otros muchos.

La música que ha llegado a nosotros documentalmente a través del tiempo contiene muchos miles de obras destinadas a la voz humana. Resulta impresionante constatar este dato en la época comprendida entre los inicios de la polifonía y el período barroco: cerca de cinco siglos densos de composiciones musicales corales en la mayor parte de los países europeos, desde Irlanda hasta la península Ibérica. Es tal la riqueza de estilos y la abundancia de obras bellísimas, que puede afirmarse que —con la polifonía europea al siglo XVIII— se llegó a una cima insuperada de la creatividad humana. Si quisiéramos citar los nombres de los compositores de música coral de los siglos XIV a XVI, necesitaríamos muchas páginas.

La música tiene, sobre los demás artes, una desventaja: que necesita ser recreada cada vez que queremos que exista; la partitura escrita es tan sólo un cúmulo de signos silenciosos e incluso enigmáticos

“ En nuestra provincia leonesa, y afortunadamente, son cada día más los jóvenes y personas adultas que se integran en grupos corales ”



Durante estos días se encuentran en León más de dos mil niños que participan en el X Congreso Nacional de Puericantores. La fotografía corresponde al Desfile por la Paz que se celebró en Papalaguinda el pasado jueves.

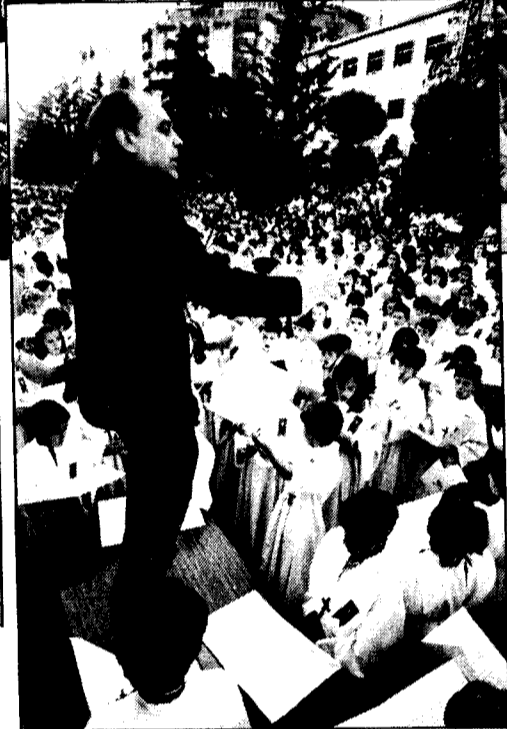
cos para el profano. Pero también ahí reside uno de sus encantos: la música nace cada vez que empieza a sonar.

Hace mucho tiempo que se perdió la relación entre creación e interpretación. Hubo épocas en que se escribía música para ser inmediatamente interpretada, y esto estimulaba la creatividad y la evolución estética. Hoy ocurre que la mayor parte de la música que interpretamos es música «histórica», de tiempos pasados. Este acervo histórico es tan enorme, que podemos dedicar toda la vida a su estudio y conocimiento sin alcanzarlo del todo, debido a que la música es un arte que se realiza en el tiempo y no podemos abarcarla de golpe o instantaneamente, como ocurre con las artes plásticas. Esto significa que hacen falta muchos intérpretes y muchos años para alcanzarle de forma exhaustiva.

La actividad coral ha existido siempre, incluso en los años de guerras mundiales, disgregadoras de grupos artísticos. En la segunda mitad del siglo XX, esta actividad coral ha ido constantemente en auge, primero en unos países, luego en otros. Hoy los coros se cuentan por centenares en todas las naciones desarrolladas. En España también se ha producido, en los últimos años, un resurgimiento coral sin precedentes. Basta leer las revistas especializadas para comprobar la fuerte presencia

coral en la vida musical de todas las ciudades y regiones españolas. Estos coros están compuestos casi siempre por aficionados, por personas de todas las profesiones e incluso de todas las edades, aunque predomina la juventud, por razones obvias.

No dudamos en afirmar que muchos de estos coros son verdaderamente escuelas de música para sus componentes. No solamente son grupos humanos aptos para la convivencia y la amistad, sino —muchas veces— el mejor de los modos de empleo de tiempo libre y del ocio. De los coros han salido numerosos directores, cantores célebres, incluso compositores. En los



todos los grupos corales hay personas que pueden atestiguarlo.

La primera necesidad de los coros es tener cantores suficientes. «Haberlos, hállos», pero no siempre se encuentran. Por las calles y las cafeterías andan muchos aspirantes a cantores y cantoras que emplearían divinamente una pequeña parte de su tiempo libre integrándose en algún coro; sólo hace falta tener buen oído, voz agradable y gran amor a la música. Ojalá algunos de los que esto leen se dejen convencer por mi pequeña invitación.

La música grupal y específicamente coral data de los pueblos primitivos y fue siempre una expresión social de sentimientos colectivos. Incluso los «coros» del teatro griego clásico eran, de alguna manera, los jueces de lo que pasaba en escena y representaban la voz del público. Hoy los coros también representan la innata voz cantora de las gentes, sobre todo cuando son coros de aficionados, como ocurre en la mayor parte de los casos. Por eso la sociedad debe mimar a sus coros, y las entidades presentarles su ayuda.

Por fortuna, ya pasaron los tiempos en que existía rivalidad entre los coros. Es hermoso que haya entre ellos una sólida armonía y que se apoyen mutuamente, llegando incluso a poder hacer interpretaciones conjuntas e intercambio de directores. Esto no impide que cada agrupación coral tenga su propia personalidad, pero sin rigideces ni puntos de honra que estén fuera de lugar entre personas que se dedican al servicio generoso de lo más sublime de las artes.

Termino estos rápidos apuntes haciendo votos por la consolidación de los grupos corales leoneses. Esta depende, sobre todo, de los propios cantores, que deben tener las cualidades humanas que los antiguos maestros exigían a sus «escogidos»: corazón generoso y alegría de espíritu, porque cantar en común es tener los mismos sentimientos y proclamar con la voz la verdad y bondad del corazón.

RELATOS Diario de León (11)

Foto Perfecta

Luis Algorri

Fue la tarde de Omar, la tarde o una de las tardes que después han sido recordadas como de Omar, porque aquella era la época en que los tres jugaban, urdían infantiles conspiraciones y regalos casi perfectos, intervalos y palabras, imágenes, cosas mínimas con las que el tiempo habría de acabar haciendo prólogos, y todo eso entonces se llamaba Omar.

El jardín de las últimas tardes de agosto los acogía pacientemente, poblado de luz y del color de los sauces; y poblado también por casi objetos, figuras en las que ellos estaban dejando de advertir rastros humanos: personajes, ornamentos que se mimetizaban en la hierba o en el sonido del agua o en la humedad de la muralla. Ellos, a través de la sucesión de los días, iban empezando a estar solos.

Omar y ella lo esperaban

siempre bajo el mismo cedro. Allí se iban aprendiendo y hacían sus preludios y reían interminablemente: ella le proponía adivinanzas embarazosas, hablaba del pasado, se recostaba y lo miraba; Omar se dedicaba entonces a la larga ceremonia de peinarse, al juego de contestar todas sus preguntas con gestos monosílabos, a reír sin motivo, a volverle el pelo sólo para poder peinárselo otra vez. Esto duraba horas.

Luego llegaba él, y ella corría para besarlo y agitadamente contarle. Después dejaban el jardín, los tres juntos, hasta el día siguiente.

Aquella tarde había un secreto, como tantas veces; ella, con la cabeza apoyada en los muslos de Omar, permanecía impaciente y misteriosa, abría los ojos y lo miraba un segundo y los volvía a cerrar, riéndose en voz baja. Omar estaba

divertido y desorientado, ella abría los ojos y lo veía tan tonto alzar las cejas y preguntar, y entonces volvía a reírse y a cerrar los ojos.

El secreto, preparado gozosamente durante varios días, era la cámara. El llegó más o menos a su hora, cargado con la bolsa y con esa cara de indiferencia que delata sin más a los cómplices: el juego tenía, como todo en aquellos días, un sobreentendido de ironía, de táctica observación y ofrecimiento; era debajo del juego donde estaba el verdadero secreto, cosa de dos, urdida por los dos, el regalo de cumpleaños que Omar no podía suponer mientras insistían y lo convencían y él se quería negar, infantil, tan halagado, y se ordenaba el pelo y la camisa, sonreía o se quedaba casi serio según las órdenes que iban sonando desde detrás del obturador, oía los clicks rápidos

entre mientras se sentaba, o se tumbaba, o hacía comentarios para volver a peinarse, tan nervioso; y él y ella contentiendo la risa y hablándose al oído y disparando sin tregua, ahora que estaba tan nervioso.

Omar tumbado, Omar tumbado con una mano en la mejilla, Omar tumbado con la cabeza recostada en los brazos, Omar desde muy cerca, o desde más lejos y al fondo la muralla, o sentado de espaldas con la cara vuelta hacia la cámara una, dos, tres, más a la derecha, click click click, otra, y otra, y otra más hasta que aparece la sonrisa, hasta que la línea de luz dibuja el pelo, hasta la sensación fugaz de haberlo conseguido, hasta que Omar se cansa y protesta por que a qué vienen tantas fotos, ya está bien —él y ella se miran— y hay que disimular y hacerse una los tres juntos. O mejor a ella, dice Omar.

Por qué no a ella.

Es el momento de la venganza, Omar moviendo los brazos e inventando muecas para hacerla reír, haciéndole burla y sacando la lengua a través de un círculo hecho con los dedos, tumbado boca abajo junto a él imitando el cambio del objetivo, el filtro, el enfoque; ella sorprendida por el contrajuego, no sabe dónde mirar ni qué hacer con las manos y los está viendo reírse y no quiere hacer caso.

El se divierte con la variante el cazador cazado, hacer trampas y pasarse de bando y gastarle a ella la broma preparada, le había malévola desde detrás de la cámara para hacerla rabiar, pero no te muevas, pero no pongas esa cara de tonta, vamos, inclina la cabeza hacia atrás como hacen en las revistas, y Omar tumbado junto a él repitiendo una y otra vez pero no te rías,

¿eh?, sobre todo no te rías, tú ponte seria, hasta que él mismo no puede más y apoya la cabeza en el hombro próximo, en el hombro de él, nervioso, muerto de risa.

Dentro del rectángulo negro él vio el gesto de sorpresa y de complicidad, el principio de sonrisa; vio los ojos mirándolo suavemente, buscándolo a través del juego de lentes y espejos, y los vio luego mirando la cabeza recostada de Omar, la frente redonda de Omar descansando sobre su hombro; vio cómo la luz de agosto se le posaba en la cara y resbalaba sombras difusas, jugando sobre las cejas o los labios o los párpados, y vio el óvalo de la cabeza mecerse un poco hacia la izquierda, entre cerrar los ojos, sonreírle de esa forma, tan quieta y tan despacio, tan cerca, tan imprecisa. Tragó saliva, leve corrección de enfoque, click.